

Una pluma cosmopolita

Sacrificio de dama

JULIO CÉSAR LONDOÑO

Literatura Random House, Bogotá,
2019, 250 pp., il.

LOS ENSAYOS de Julio César Londoño son lo que todo buen ensayo debería aspirar a ser: literatura. Ingeniosos, provocadores, irónicos, amenos: literatura. No es que uno esté de acuerdo con sus especulaciones, afirmaciones o deducciones, pero al leerlos se siente un goce: porque son literatura.

Y algo más: son informativos y modestos en su pretensión de traer a la jerga común el conocimiento que los doctos manejan —y alejan— en los laberintos de su lenguaje crítico. Es su propósito y se cumple. El palmireño lo dice: “Como no soy científico ni investigador de fondo, me he limitado a hacer ensayos de divulgación, es decir, a estudiar en prosa los temas de las ciencias y las humanidades, sin acudir a la jerga técnica ni a las formulaciones matemáticas” (*Los pasos del escorpión*, Eafit, 2018).

Esa es la virtud que se vislumbra a lo largo de su ensayística: traer a la escena temas que no hacen parte de la escena. Es una labor contradictoria para alguien que suele hablar de pedantería. Es una eficacia de un autor que es riguroso sin ser extensivo, gracioso sin ser bufón, disciplinado sin ser académico. Es literatura, insisto.

Sus temáticas son variadas y tienen la capacidad de convertir lo que parece un simple chisme en un relato donde desfilan imaginación, picante y olfato. “El affaire Mutis-Poniatowska” es eso: un ensayo irreverente y desafiante sobre el devaneo entre uno de los escritores colombianos con más adeptos y la escritora nacida en Francia y radicada en México.

“Borges, el crítico” es un rastreo sobre la obra analítica de uno de los autores más prestigiosos de los últimos tiempos. En este tipo de ensayos, Londoño es más audaz y ligero en sus afirmaciones: “Tampoco *Discusión* es un gran libro. La erudición aún no había sido completamente decantada; no era dúctil a la creatividad. Su afán de

concisión seguía derivando en pasajes oscuros” (p. 142).

Digo “ligero” pensando en lo que un lector melindroso podría reparar: ¿qué es eso de “pasajes oscuros”? ¿Se puede aseverar que no es un gran libro así sin más, argumentando en un párrafo? Es cuestión de carácter, de atrevimiento, de irreverencia, como si a Londoño no le importara eso. O mejor: como si fuera adrede.

Si me preguntan, a mí no me molesta. Me parece una actitud que azuza el debate. Si nos fijamos, el Premio Simón Bolívar en la modalidad de crítica que recibió el palmireño en 2014 generó una respuesta interesante por parte de un crítico menos conocido. Buenísimo. Se corresponde con el talante contestatario que debe despertar el género.

Bueno, pero otra cosa es el Londoño de los ensayos —dijéramos— científicos. Cuando escribe sobre estos y otros temas es instruido y regocijante: nos da a conocer aspectos de esos insectos tan desapercibidos y tan llenos de magia y labores, como son las hormigas; nos presenta a Peter Higgs y esa partícula que inventó el mundo; nos invita a profundizar sobre descubrimientos de físicos como Heisenberg y Gödel; nos lleva a la génesis y los avatares de algo mundano como la moda; se aventura a especular sobre las desmedidas pretensiones de los creadores de la torre de Babel; le busca afinidades a eso que parece contradictorio, como el trabajo y los pasatiempos, en “El ocio, ese espejismo”. Y todo eso en una prosa firme y atrayente, que invita a repetir el goce.

Esto último es un elemento fundamental: pues hay que decir que los ensayos y los cuentos de Londoño no son para leerse, sino para instruirse.

Empecé por el ensayo, porque es su faceta más conocida, pero *Sacrificio de dama* tiene una parte dedicada al cuento. En ese espacio, el palmireño demuestra ser un autor que le apuesta a lo universal; es decir, a entramados deslocalizados, sin patria, sin acento, sin región: argumentos complejos, agudos, finos. Y lo mejor: sin dejar extraviar el sentido del humor.

“Sacrificio de dama”, “Una criatura fractal” y “Pesadilla en el hipotálamo” son ficciones ingeniosas y seguras: no es fácil describir sus

argumentos. Una máquina de ajedrez que tras su derrota busca la manera de vencer a su contrincante humano:

Lo más probable es que su listeza se redujera al juego del ajedrez y al conocimiento de la idolatría que los hombres profesamos a los computadores. Sobre esta premisa habría trazado su plan y alcanzado, finalmente, el triunfo: logró intimidarme y rehuí la conversación. (p. 17)

Una “cosa” que hace su epifanía en una casa y atrapa la atención de un personaje que trata de buscar respuestas a ello:

Sí, lo acepto, debo sonar asquerosamente dramático. ¿Por qué no aceptar que era solo una semilla alada, una simiente de arce, olmo, tilo o abedul, dedicarle como máximo un haikú y volver al libro? Por su movimiento. Por la manera como se desplazaba. (p. 84)

Un bicho que le hace perder la retentiva a un narrador fascinado por las marañas de la memoria, del recuerdo, de la literatura. Ese bicho hace olvidar al protagonista de sus quehaceres: “[...] hasta el olvido puede ser materia de olvido” (p. 88). Y busca la manera de acabarlo, de exterminarlo, de derrotarlo, y cuando parece que lo logra la conclusión es fatal: vuelve a introducirlo en su oreja, “quizá sea él quien me dicta estas líneas” (p. 101).

Son relatos inteligentes, derivados de una mente pensante, que en otras ocasiones crea fabulaciones ubicadas en escenarios espaciales y temporales que parecen extraídos de *Las mil y una noches*, de la Biblia, de Borges —en otro tono, claro—: “Dos magos”, “Los geógrafos”, “La oración del relojero”, son ejemplos de ello.

Y tensiona de misterio escenarios que parecen normales, y le encuentra el cuento a eso donde parece que no hay cuento: “Los gramáticos”, “El crimen de Miguelina Daza”, “Mariana y el triciclo”, lo comprueban.

Lo de Julio César Londoño, en definitiva, es un ejercicio plausible. Es un autor que engalana la literatura colombiana (este libro es quizá su obra más decantada). Ah, y demuestra que no hace falta pasearse por las metrópolis del mundo para ser un escritor cosmopolita. Su estilo, su fuerza, su

ironía, son muestra de que es una pluma de avanzada.

“Pinta tu aldea y serás universal”, reza una *boutade*. Londoño no pinta su aldea, ni su ciudad, ni su región; a cambio, nos ofrece algo mejor: literatura. Goce.

Jaír Villano